

 **CARTAS AL DIRECTOR** 

Señor director del semanario HERMANO LOBO.

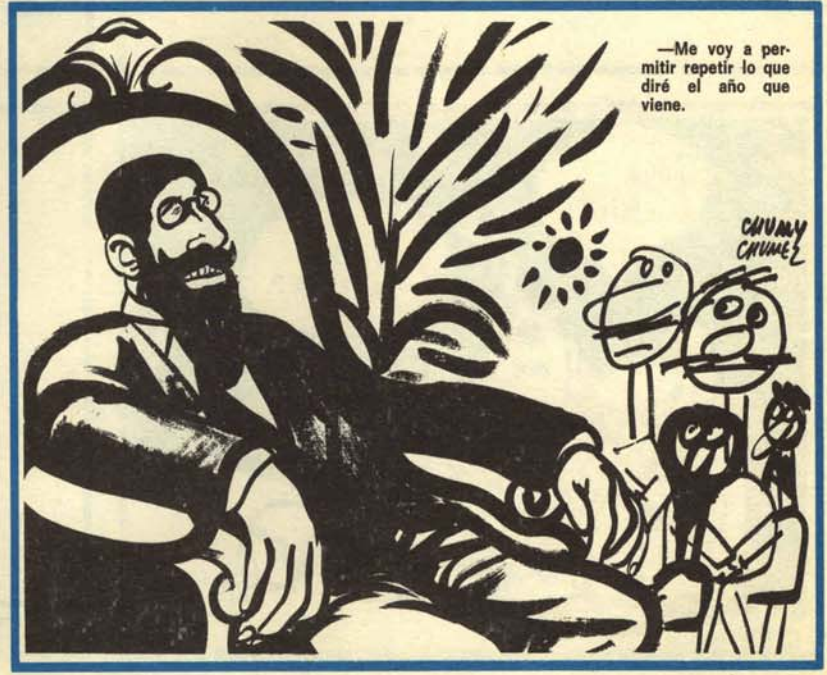
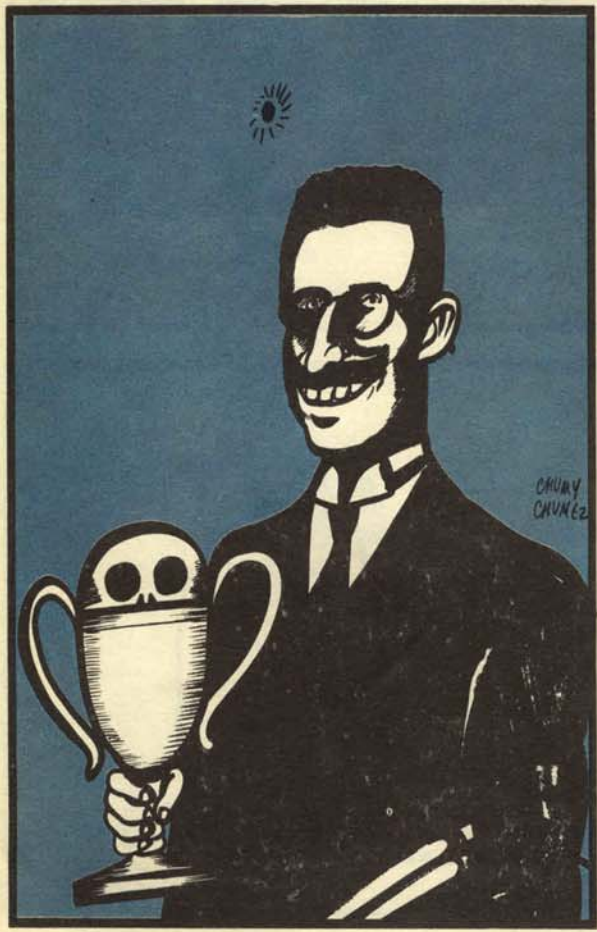
Muy señor mío:

Hace unos días, al salir de la sala de visionado, leí con estupor en la prensa una nota en la que se comunicaba la modificación del Reglamento de la Junta de Ordenación y Apreciación de Películas. La modificación va a permitir que menores de catorce o dieciocho años asistan a espectáculos no indicados para ellos, siempre que vayan acompañados de padres, tutores o persona autorizada. Francamente, creo que esta decisión abre un tenebroso portillo a la inmoralidad. Yo, como censor (son ya más de veinte años, ¡es mi vida!), me siento ahora ofendido, burlado, ultrajado. ¿De qué ha servido mi entrega, señor director? ¿Para qué mis desvelos?

Estas últimas noches no he podido dormir. Y en el trabajo siento que la mano se me va y me hago más rígido en la apreciación de los films, pues pienso que mi debilidad podría ser causa de maceración de inocentes corazones. Si esto sigue así, señor director, voy a tener que acabar dando voto denegatorio a todas las películas, para asegurarme con ello de que no cometo error. Yo, que siempre he sido un hombre justo y objetivo, me siento ahora en peligro de perder mi honradez, y se lo juro: antes dejar mi puesto que cometer una injusticia. Pienso, pues, que tendré que dejar mi sitio a otro que será, seguro, peor que yo. Y sufro, señor director, sufro mucho, porque, usted lo sabe, también los censores tenemos nuestro corazoncito.

Como admiro su revista, que es un dechado de pulcritud y ejemplo, me he acordado de usted, señor director, y le ruego haga algo por mí: **protestemos juntos por este desafío**. Estoy seguro de que me ayudará, pero si, por lo que sea, se siente condicionado, le ruego que, al menos, publique mi carta. Con ello me daré por satisfecho y descargaré mi conciencia, que, hasta la fecha, siempre había estado limpia. Suyo,

UN CENSOR BURLADO



—Me voy a permitir repetir lo que diré el año que viene.

